

**Fernando Vallejo**  
***El cuervo blanco*. Bogotá: Alfaguara, 2012. 379 pp.**  
**ISBN-10: 6071119510 ISBN-13: 978-6071119513**

**Héctor Hoyos / Stanford University**

La más reciente obra de Vallejo se suma a una serie de biografías noveladas que empezó por Porfirio Barba-Jacob, siguió con José Asunción Silva y aborda, en esta ocasión, a Rufino José Cuervo. Idiosincrásica como sus predecesoras, *El cuervo blanco* es una verdadera rareza en el panorama de la literatura latinoamericana contemporánea. Su título alude al carácter igualmente sui generis del filólogo colombiano, mientras que su objetivo central es apreciar y dar realce a aquella singularidad. Las palabras ‘biografía’ y ‘novela’ se quedan cortas para describir el libro de Vallejo; se trata más bien de una hagiografía melodramática y detectivesca, además de una obra de ficción y autobiografía.

Hagiografía porque busca canonizar a Cuervo y, de paso, a su autor. Melodramática y detectivesca por la intensidad afectiva con la que diversas pistas sobre la vida del santo se despliegan a lo largo de la pesquisa. De ficción por la manera imaginativa con la que recrea episodios de la vida de Cuervo, así parta de fuentes documentales. De autobiografía por la importancia atribuida al hispanista en la propia vida de Vallejo: en algún paréntesis, la voz que narra dice haber escrito el libro para saber de Cuervo y “tal vez para saber de mí” (305).

El oxímoron “cuervo blanco” se aviene bien con las muchas contradicciones del libro. Vallejo critica a Ignacio Chaves cuando, siendo director del Instituto Caro y Cuervo, recibe un galardón que otorga la Corona española. Sin embargo, encuentra admirable la quijotesca labor de Cuervo de buscar cientos de citas en los clásicos castellanos para documentar los usos de su *Diccionario de construcción y régimen*. En un caso se habla de servilismo y en el otro de erudición. En ello Vallejo hace eco del propio Cuervo, quien en una airada carta acusa a Juan Valera de buscar convertir a las naciones hispanoamericanas en “colonias literarias de España” (352). La hagiografía deja poco espacio para preguntar si el mismo Cuervo, a pesar suyo, no estaba acaso a la vanguardia de esa recolonización.

Entre las contradicciones que contribuyen a la vitalidad del texto está la de suponer que la empresa de Cuervo fue magnífica, y al mismo tiempo hermosa por inconsecuente. Conviven, además, el amor al caos y el temor a la entropía, sea anticipando que el

español pase a ser lengua muerta como el latín o temiendo que ello suceda. En un momento leemos que “[e]l genio del idioma no se deja meter en una botella como los de las *Mil y una noches*” (267), frase que bien puede señalar la futilidad de la labor del biógrafo o la del sujeto de la biografía. Vallejo se remonta más de un siglo, pero critica a Cuervo por su manía “de escamotear el presente por andar en las ramas del pasado” (327) y señala que “[e]l hombre no nació para rumiar recuerdos; el hombre es para darle vuelo a la ilusión” (355). *El cuervo blanco* lleva a cabo ambas operaciones a la vez.

Del mismo modo, Vallejo alterna disquisiciones filológicas serias con divertidos cantinfleos de ofuscación gramatical: “El sustantivo es la parte de la oración que representa y nombra las personas y las cosas’. ¿Y dónde me dejan al gusano de seda? ¿Y dónde me dejan a Dios? Ambos son sustantivos, pero el gusano de seda no es ni persona ni cosa, es un ser viviente que teje; y Dios no es una persona sino tres, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo” (329). Como ya es costumbre, no escasea el humor mordaz. A propósito de los clérigos que recibían diezmos de Cuervo: “[e]stos mendigos no tienen remedio. Siempre con la mano extendida como unos insaciables Vargas Llosas” (82).

El libro empieza y termina con Vallejo de peregrinaje a la tumba de Cuervo. Simbólicamente, el autor se inscribe a sí mismo dentro del canon nacional, reformulándolo. Le confiere incluso a las figuras menores de su panteón, como Barba-Jacob, la estatura que convencionalmente se le reserva a Rivera, Isaacs o García Márquez. Vallejo cita a Cuervo: “Las naciones están formadas más de muertos que de vivos’. ¡Qué frase! Y no solo las naciones, don Rufino, yo también” (356). A lo largo de su obra, Vallejo hace nuestros a sus muertos, se convierte en el cementerio donde reposan escritores pero también víctimas del sicariato y miembros de familia, como su hermano Darío en *El desbarrancadero*.

Exceso, manía, repetición, fascinación e investigación rigurosa son algunos de los elementos de este volumen, que abre nuevos caminos para la narrativa y la crítica. En tanto no haya traducciones, sus palabras resonarán en Colombia, México y entre la vasta audiencia del idioma español.